

CASI UN AMIGO

ÁLVARO DÍAZ

La solemnidad me pareció siempre la ropa de etiqueta de la mediocridad. Creo que la solemnidad es triste, cursi y totalmente divorciada del talento.

Abel Quezada

Valga la aclaración: me encargan este prólogo no como conocedor de la literatura mexicana contemporánea ni como lector compulsivo ni como reseñador ilustrado y criterioso, pues estoy lejos de encajar en cualquiera de esas categorías. No conozco escritores mexicanos, leo poco, y mal podría situar al autor compilado en este volumen más allá del redundante y reducido contexto que propone Google. Me lo encargan simplemente porque he leído bastante a Jorge Ibargüengoitia, me entretiene y me representa. Recomendado con entusiasmo hace unos tres años por mi hermano que vive en Ciudad de México –en Coyoacán, el mismo barrio de Ibargüengoitia–, quedé prendido y necesitado de sus relatos, como los adolescentes y las señoras de otra época con Salgari o Agatha Christie.

La incompreensión de quienes lo han leído con cauteloso desprecio ha servido para tildarlo de escritor humorístico, género menor en un continente que alaba la introspección, los barroquismos, el deber ser y todas las formas conocidas del aburrimiento. El propio Ibargüengoitia no negaba esa realidad, pero sí su encasillamiento: “El humorismo no sé qué es. Un señor que hace chistes no me interesa. Sé que ciertas cosas son chistosas, y puedo hacer chistes, pero no me parece que la risa tenga ninguna virtud ni que sea una ventaja. Lo que a mí me interesa es presentar la realidad, y si la presentación puede ser chistosa está muy bien. Pero hacer un chiste de algo que no es chistoso me parece grotesco. La muerte de alguien, la muerte de un canalla por ejemplo, puede ser la cosa más chistosa del mundo. Pero en el momento en que la presentas así pierdes una perspectiva, la escena queda fuera de su dimensión particular”.

Sus novelas y cuentos dan fe de esta convicción. No son relatos humorísticos, pero hacen reír, tienen encanto, lucidez y una esmerada

preocupación por la trama. *Las muertas*, quizás su obra cumbre, narra un hecho espeluznante y verídico: un burdel es clausurado a causa de una ley absurda y las prostitutas deben vivir y trabajar a escondidas, en la práctica encarceladas por sus regentas. Padecen toda clase de humillaciones, hasta que una se enferma y muere. Como su existencia es clandestina, las demás no pueden llevarla al cementerio y deciden enterrarla en el patio del rancho donde funciona el puterío (que en la vida real se encuentra en Guanajuato y actualmente es propiedad del ex presidente mexicano Vicente Fox). Luego mueren otras y las madrotas se deshacen como pueden de los cadáveres, al punto que la situación se les va de las manos, queda al descubierto, y la misma sociedad que en secreto amparaba la existencia del tugurio ahora se sume en el horror y el escándalo.

Ibargüengoitia recogió la historia de los periódicos y la contó como se le vino a la cabeza. No entrevistó a nadie porque no le gustaba hacer entrevistas ni quería saber mucho más del asunto. Sólo tenía una máxima en mente: no satanizar a las regentas, responsables indudables de las monstruosidades expuestas en la prensa. “Esas señoras, a pesar de lo que hayan hecho, tienen que tener una vida personal que sea simpática, porque no es posible vivir sin producirle simpatía a alguien. Siempre hay un momento de ternura o de pasión interesante, o de otras cosas. Pero todo tiene que estar justificado, tiene que haber un equilibrio. Supongo que nadie en el mundo es totalmente despreciable, y si tomo un personaje lo que me interesa es justificarlo. Por eso no creo en la burla”.

Era Ibargüengoitia un retratista eficiente y genial. No hay relleno en sus libros, que son cortos y se leen de un tirón. A la hora de adjetivar y enumerar, donde otros con más galardones se deleitan a sí mismos creyendo entusiasmar a otros, él optaba por un “etcétera”. Era un gesto de complicidad: escritor y lector sabían de lo que estaban hablando y no había que perder el tiempo en suntuarios. El ritmo de la historia, su tensión, estaba por sobre los destellos que iluminan al individuo pero dañan al colectivo. Si hubiese sido un equipo de fútbol, Ibargüengoitia se habría saltado el mediocampo para llegar pronto al área.

Alejado de los grandes temas, contaba lo que veía con prolijidad, irreverencia, punto de vista y ausencia de culpa, siempre en primera persona. La numeración arbitraria de las casas en urbanización descuidadamente planificada, la pillería de un mendigo desdentado, las cavilaciones de un

conferencista, los patanes funcionarios del PRI, las conversaciones rituales y planas –claramente distinguidas en su clasificación– o las miserias de un viaje por invitación son la carne de su literatura. Todo heroísmo, vocación de servicio público y alta virtud eran fuente de su absoluta sospecha. Las buenas intenciones expuestas en voz alta y con signos de exclamación no suponen en la escala de valores ibargüengoitiana más que una dimensión superior de la vanidad. Execraba las lecturas obligatorias, la literatura llamada “infantil” –aunque escribió para niños, entre ellos el notable “Cuento de los hermanos Pinzones”– y al Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias por razones que presumo pero no podría asegurar. Sus convicciones políticas eran limitadas y concretas, y no hay atisbos de ideología en sus textos. “Revolución en el jardín”, artículo escrito en 1964 e incluido en esta antología, debe haber sido un ají en el culo para la izquierda de su época, dado que lo es para la actual. En él describe los quince días que estuvo en Cuba gracias a la obtención del Premio Casa de las Américas, que le fue otorgado por un jurado que presidía Italo Calvino. Y no es que se haya ido en picada contra la naciente revolución y los lógicos entusiasmos que despertaba en el mundo entero. Simplemente escribió lo que vio durante su estadía: tedio revolucionario, males burocráticos y la certificación de que los puros Partagás estaban de antemano reservados para unos pocos. En un rol secundario de esa crónica aparece Roberto Matta, con un especial talento para conseguir las mejores piezas de los hoteles y estar cerca del aire acondicionado. “Matta no quiso visitar Trinidad cuando supo que era una ciudad reaccionaria y prefirió ‘imaginársela’. Se quedó en un bungalow, recostado en una hamaca”.

En “Revolución en el jardín” está la quintaesencia de Ibargüengoitia. No hay odio ni resentimiento en sus palabras. Sólo la constatación de hechos, relaciones y paisajes que son habitualmente adversos para el hombre cuya gran utopía es que nadie lo moleste. Desesperado porque no tiene un peso, deambula por el Hotel Habana Libre buscando a alguien de la organización que le adelante una parte de su premio. De pronto se encuentra con el jurado del certamen: “Fue una experiencia extraña. Ellos se habían conocido hacía poco tiempo, cuando los forasteros habían llegado a Cuba para servir de jurados en el concurso de la Casa de las Américas; habían convivido un par de semanas, se habían divertido

en grande y estaban a punto de separarse. Se admiraban y se querían como suelen hacerlo las personas que no se conocen bien. Yo, en cambio, que acababa de llegar y que no había participado en sus actividades comunes, quedaba completamente fuera de su relación emocional. Me costaba trabajo entender, por ejemplo, por qué Benítez consideraba que la mujer de Calvino era una de las más sabias que había conocido y, más todavía, por qué se lo decía. Por otra parte, ellos eran amables conmigo y me decían que mi novela era buena, mientras que yo no había leído ninguna obra de ellos, ni recordaba cómo se llamaban, ni me daban ganas de contestar sus elogios con otros, inventados”.

Buena parte de los textos aquí seleccionados se refieren a su trabajo de columnista, crítico o conferencista. A su rutinaria trastienda. Ibargüengoitia creía que la mejor conferencia era aquella que se suspendía. Soñaba con que un día llegara a dar una charla y el lugar estuviera completamente vacío: sólo los micrófonos, las sillas y el organizador con un gesto de resignación ofreciéndole una disculpa y el cheque correspondiente. Si el lugar no estaba vacío, mejor que estuviera lleno, para perder la mirada en la multitud. El número fatídico de concurrentes era catorce. Imposible suspender, imposible no sentirse observado, imposible no mirar a los ojos a aquellos seres “sacados de la utilería”. Tampoco le parecía altruista su función como crítico teatral. Se declaraba a favor de la crítica destructiva y consideraba a sus lectores seres dignos de toda desconfianza: “Los lectores se pueden clasificar, *grosso modo*, en los que leen críticas para no tener que ver las obras, los que leen la crítica y creen que ya vieron la obra, los que citan críticas para hacer creer que conocen las obras, los que creen que todas las opiniones que no coinciden con la suya están equivocadas, y, por último, los que no leen críticas, saben que no saben nada y creen que eso es una virtud”. Su amigo Juan García Ponce, escritor, ensayista, crítico y compañero de juerga, es implacable respecto a su lucidez frente a un arte donde las pieles sensibles y la facilidad para ofenderse resaltan en inversa proporción al talento: “Las críticas teatrales de Jorge eran verdaderas obras maestras. Redujo el teatro mexicano a su auténtica dimensión: la estupidez”.

Contrariamente a la placidez hacia la que había encaminado su vida, Ibargüengoitia murió de manera trágica. El domingo 27 de noviembre de 1983, el Boeing 747 de Avianca en el que viajaba junto a los escritores

Ángel Rama, Marta Traba y Manuel Scorza se desplomó a escasos kilómetros del aeropuerto de Barajas, en Madrid, por una mala maniobra del piloto. Los intelectuales, todos avecindados en París, tras una corta escala en la capital española cruzarían el Atlántico para participar en el primer Encuentro Hispanoamericano de Cultura, en Bogotá. La noticia relatada al día siguiente en el periódico mexicano *Uno Más Uno* es escalofriante: “El tren de aterrizaje tocó una de las colinas cercanas a la pista, cuarenta y cinco segundos antes de aterrizar. El aparato sufrió un segundo impacto con otra loma y en un tercer golpe se estrelló de forma aparatosa, cayendo de morro y dando una vuelta sobre sí mismo para desplomarse con el tren de aterrizaje hacia arriba [...]. Madre e hijo unidos por las llamas, pasajeros fundidos a sus asientos, miembros mezclados con hierros calcinados, cadenas o brazaletes incrustados en la carne bajo el efecto del calor son algunas de las imágenes horribles que descubrieron los socorristas al llegar al lugar de la catástrofe”. En un primer momento se creyó que Ibarguengoitia no iba en el avión, pues se había chequeado como “Jorge” únicamente y no aparecía en la lista preliminar de víctimas. Pero la confirmación de haberlo dejado en el aeropuerto por parte de su esposa, la pintora inglesa Joy Laville, y el hallazgo de sus zapatos –su único resto reconocible– hicieron indesmentible la fatal información.

Jorge Ibarguengoitia había nacido cincuenta y cinco años antes en Guanajuato. Fue criado por su mamá y una tía, y, según reza la lápida bajo la que descansan sus zapatos, su bisabuelo luchó contra los franceses. La familia se mudó a Coyoacán cuando éste no era todavía un barrio reputado por su arquitectura y vecinos cultos, sino un pueblo tranquilo aledaño a la capital rodeado por un par de canales y sitios baldíos. Ajeno al perfil del joven retraído que todo lo observa desde su apartado rincón para luego caricaturizar su entorno con prolijidad y ponzoña, Ibarguengoitia era un adolescente inquieto y trashumante. Fue un activo boy scout: a los diecinueve años, por líos con un jefe de nombre Nicodemus, comandó un facción rebelde de su grupo original, fundó otro grupo con reglas más relajadas, y se embarcó en un chararriente mercante desde Nueva York hasta Southampton para luego dirigirse a las cercanías de París, donde se efectuaba un *jamboree* mundial. Por esa travesía a espaldas de la oficialidad cortapala, fue acusado de “falta de espíritu scout”, frase que dio título a un cuento incluido en el libro *La ley de Herodes*, donde narra

sus desventuras como falso niño explorador en Europa. De esa época es su foto más famosa, donde aparece delgado, recostado en el suelo con una mochila a sus espaldas y riendo.

Ése fue el primero de muchos viajes. En palabras de su mujer, era un *flâneur*, un paseante, una mezcla de vago e inquieto que se pierde entre la multitud para obtener de ella y de los rincones recorridos al azar temas para su trabajo y sobre todo inquietudes que estimulen su cerebro. Ibargüengoitia relacionaba lugares con ideas, proyecciones del inconsciente, estados de ánimo, etcétera. Así, en el artículo “Adiós a Londres: lo que vi, lo que no vi” se sobrecoge con monumentales bodegas abandonadas a orillas del Támesis y con el tic tac de los relojes que cuelgan en el interior del observatorio de Greenwich; en “Conozca México primero” recomienda recorrer el país en bus para contemplar el paisaje y a la vez escuchar conversaciones ajenas, y en “Nostalgia” pinta a Buenos Aires como una ciudad sumida en evocaciones.

Ibargüengoitia estudió ingeniería, pero la abandonó poco antes de titularse. Frente al escozor de su madre y su tía, que habían puesto en el muchacho sus esperanzas de retornar a la vida holgada que habían conocido en otros tiempos, se pasó al teatro, pues quería ganarse la vida escribiendo y tenía talento para el diálogo. Aunque algunas de sus obras se montaron con tímido éxito, fue un dramaturgo “entre desconocido y olvidado”. No le gustaba el medio y lo abandonó. “Odio el llanto de los que no tienen público y culpan al público de esa ausencia”. Comenzó a la par a escribir artículos periodísticos, columnas, críticas y novelas. En este último género logró rápida fama con su primer intento, *Los relámpagos de agosto*, parodia de la Revolución mexicana donde un acabado general dicta sus memorias al propio Ibargüengoitia. Los veinte capítulos iniciales del libro, convertido en clásico, fueron leídos hace pocos días a viva voz por más de tres horas en distintas salas de lectura de México, en actos que conmemoraban a la vez el Día del Libro y los treinta años del Boeing capotado. Un acto que el propio escritor, de estar vivo, habría contemplado con alguna duda respecto de su utilidad y buen gusto.

En los años setenta, Ibargüengoitia se instaló junto a Joy Laville primero en Londres y luego en París, hastiado del ritmo y el desorden de Ciudad de México, que visitaba a cuentagotas por asuntos profesionales. Sentía nostalgia de las quesadillas de huitlacoche y del guacamole, pero

rápidamente la curaba al evocar el transporte público, la suciedad y la bulla: “Salir de la casa era una complicación. Había que hacer cita con un taxista”. En la tranquilidad parisina, jugaba scrabble con su mujer y le gustaba caminar sin rumbo por las tardes tras una disciplinada mañana frente a la máquina de escribir. “Yo paso los días en París y las noches en México [...]. Nunca he soñado con un francés. Los temas son de gran sencillez: estamos en una fiesta, se cae un muro y vemos lo que está pasando en la casa de junto, hemos comprado una casa que no nos gusta y estamos pensando cómo arreglarla. Son sueños tranquilos. Mis relaciones con los otros personajes del reparto suelen ser más cordiales que en la realidad”.

En el comedillo literario se comenta que Jorge Ibarguengoitia era un gruñón importante. El pelambre es sorpresivo y decepcionante para quienes nos hemos convertido en sus amigos y cómplices a través de su lectura. Habitante de una época donde la entrega del artículo por mano era un ritual tan importante como escribirlo, imaginábamos a Ibarguengoitia apersonándose en la redacción del diario a media mañana, saludando a todo el mundo, y llevando su conversación fresca y malintencionada por los escritorios, tasando a las estudiantes en práctica junto a sus compinches de la crónica y terminando en deportes comentando la adquisición desafortunada de un jugador de parte del propio equipo. Esta fantasía la echa por tierra Juan Villoro, quien en el prólogo de una compilación española de artículos periodísticos recuerda la única vez que vio al escritor. Fue en la sala de espera de la editorial Joaquín Mortiz. Ibarguengoitia sube jadeante una escalera, no saluda a la secretaria, no repara en nadie, entra a la oficina del editor empujando la puerta y la cierra bruscamente. Presumiblemente iba a cobrar un cheque o a reclamarle la ausencia de sus libros en los estantes de alguna librería, cosa que lo perturbaba.

En un perfil publicado en *Uno Más Uno* dos días después de su muerte, Octavio Paz lo calificó de “ingenioso, cáustico, un poco excéntrico”. Margo Glantz agrega que “Jorge tenía el don de la maledicencia, era terrible [...]. Transformar esa maledicencia cotidiana, esa mala leche nacional en literatura es su gran mérito, su rasgo genial”. Los dos coinciden en que era de trato difícil. “No hay que confiar en la gente con trato demasiado fácil. ¿No cree usted?”, concluye Paz. Elena Poniatowska, en cambio, sólo lo recuerda con cariño: “Conocí a Coco (así le decían

desde niño) casi de boy scout, nos quisimos toda la vida, nos daba risa vernos. Él de todo se reía y tenía siempre un seguro de esos de bebé en el zipper, porque decía que con la risa y con la panza se le abría”. Juan García Ponce, que lo conocía bien, lo describe de cuerpo entero: “Jorge era serio a veces, entrañable siempre e irrespetuoso de todo lo establecido; cuando sus lectores lo consideraban humorista en tanto escritor, él decía que no había intentado eso nunca, y era verdad: le bastaba con ser fiel al retrato de la realidad, a la que sabía juzgar con mucho acierto en el tono. Le agradaba comer bien y beber bien, le gustaban las mujeres y la amistad, odiaba el mundo moderno –nunca aprendió a manejar, por ejemplo–. Fue muy delgado de joven y describía con mucho humor la manera en que empezó a ser gordo, diciendo que lo primero que le engordó fueron los pies y la gordura fue subiendo. Y, en efecto, hasta su muerte, su larga cara lo hacía parecer delgado”.

En el fondo, las dudas sobre su carácter se resuelven en la sencilla deducción de que Ibargüengoitia era amigo de sus amigos. No tenía pensado morir. Había informado a su círculo más cercano que ya tenía planeada su última novela y que el viaje a Bogotá le serviría para que decantaran algunas ideas. No hubo presagios ni señales catastróficas. Como despedida queda una melancólica columna que escribió cinco años antes del accidente: “Hoy cumplí cincuenta años. Es mentira que el signo de la madurez consista en que uno empieza a sentirse más joven. Hoy me siento más seguro que cuando cumplí veinte años, más rico que cuando tenía treinta años, más libre que cuando cumplí cuarenta, pero no me siento más joven que en ningún otro momento de mi vida. Siento también que el camino que escogí está más de la mitad andado, que ni me malogré ni he alcanzado las cúspides que hubiera querido escalar, que el pasado tiene otra textura, que varios enigmas se han aclarado, historias que parecían paralelas han divergido, muchos episodios han terminado. Cada año que pasa tengo más libros que quisiera escribir y cada año escribo más lentamente. Si vivo ochenta años, cuando muera dejaré un montoncito de libros y me llevaré a la tumba una vastísima biblioteca imaginaria”.

Santiago, abril de 2013